

Investigando la nación: historiografía sobre el origen del nacionalismo en Costa Rica

Eduardo González Ayala¹

Recibido: 6 de enero de 2010 / Aprobado: 2 de mayo de 2011

Resumen

El presente artículo es una reflexión sobre los planteamientos historiográficos que se encargan de explicar el surgimiento del nacionalismo en Costa Rica, durante el siglo XIX. Se parte de una definición modernista, la cual considera a la nación como una construcción estatal que se concreta como comunidad política imaginada y socialmente cohesionada. Para llevar a cabo el análisis, se estudian tres perspectivas historiográficas: la primera sitúa a la nación como un largo proceso, que inicia en la colonia y llega a consolidarse lentamente; la segunda, ubica el asentamiento del nacionalismo a mediados del siglo XIX, gracias en parte a la expansión del café y a la invención de una imagen excepcional del costarricense; una tercera, remite a un nacionalismo tardío difundido por los liberales a finales del siglo XIX, a partir de la recuperación de héroes, las celebraciones patrias y el sistema educativo.

Palabras clave: nación, nacionalismo, modernidad, invención, proceso, Costa Rica.

Abstract

The present article carries out an analysis on the historical positions in charge of explaining the nationalism emerged in Costa Rica during the XIX century. The author begins with a modernist concept that considers the nation as a state construction that is summed up as an imagined political community and socially cohesive. To carry out the analysis, three historical perspectives are studied: the first one places the nation as a long process that begins in the colony and ends up consolidating slowly; the second, places the establishment of the nationalism by the middle of the XIX century, due to the coffee expansion and the invention of a exceptional image of Costa Rica ; a third, submit to a late nationalism diffused by the liberal at the end of the XIX century, since the hero's recuperation, the native celebrations and the educational system.

Key words: nation, nationalism, modernity, invention, process, Costa Rica.

INTRODUCCIÓN

Los sentimientos nacionalistas han surgido y se han consolidado entre los grupos humanos desde la modernidad. En el caso costarricense, el siglo XIX jugó un papel fundamental pues permitió la consolidación no solamente del Estado y algunas de sus instituciones, sino que también engendró, con un éxito relativo, fuertes sentimientos de nacionalidad entre la población. Conviene diferenciar que, desde nuestro punto de vista, la formación del Estado y de la nación no son procesos paralelos, aunque sí complementarios. El desarrollo de los procesos de construcción nacional ha sido estudiado desde diversas disciplinas en Costa Rica, y particularmente destacan a este respecto los estudios desde la historia.

El presente artículo pretende llevar a cabo una reflexión crítica en relación con las investigaciones dedicadas a abordar lo relacionado a la construcción o “invención”² de la nacionalidad costarricense. Esto por cuanto las posiciones analíticas para explicar este complejo proceso, no necesariamente coinciden al ubicar temporalmente su génesis, o bien al describir sus principales causales, insumos o derroteros. Desde el punto de vista historiográfico, existen al menos tres posicionamientos que difieren al explicar los factores que engendraron la nación en Costa Rica y el momento de su consolidación.

Cabe recalcar que el objetivo del presente artículo es el análisis de un corpus de investigaciones seleccionadas, que se han ocupado de estudiar aspectos relacionados con la construcción o

¹ Licenciado en Educación Cívica de la EUNED y Egresado de la Maestría Centroamericana en Historia, de la Universidad de Costa Rica. edgonaster@gmail.com

² Uno de los ejes de debate en el caso costarricense, se centra en la consideración del nacionalismo desde dos puntos de vista: el primero, como un proceso que se edifica y se amalgama a la par del Estado y de las culturas populares; el segundo, como una invención del Estado encabezado por ciertas elites políticas y difundido mediante el sistema educativo y las fiestas patrias.

difusión de la nacionalidad en Costa Rica y el papel que jugaron algunos elementos políticos, económicos y culturales en dicho proceso. En ese sentido, se analizarán los trabajos de Juan Rafael Quesada titulados *Historia de la historiografía costarricense* (2001) y *Clarín patriótico: la guerra contra los filibusteros y la nacionalidad costarricense* (2006); de Steven Palmer *Sociedad anónima, cultura oficial: inventando la nación en Costa Rica* (1992) y *Hacia la auto-inmigración. El nacionalismo oficial en Costa Rica* (1995); finalmente, de Víctor Hugo Acuña se abordará *La invención de la diferencia costarricense* (2002), así como *Historia del vocabulario político en Costa Rica. Estado, república, nación y democracia* (1995).

Se pretende, desde una posición crítica, visualizar las tendencias de investigación existentes y explorar posibles puntos de consenso y de ruptura, teniendo como basamento teórico ciertos análisis que se encargan de situar la invención de las naciones, entendidas como comunidades políticas imaginadas, durante los siglos XVIII y XIX, y en consecuencia, desestimando aquellas posturas perennialistas que tienden a considerar la nación como un fenómeno muy antiguo, o incluso, en sus versiones más cegatonas, inherente a los grupos humanos.

TEORÍA Y GÉNESIS DE LA NACIÓN EN CENTROAMÉRICA

En relación con el tema de naciones y nacionalismo, han existido profundos debates en las Ciencias Sociales, y las principales disputas teóricas al respecto se mantienen todavía abiertas. Los cimientos de las identidades nacionales se pueden rastrear para gran parte del mundo occidental algunos siglos atrás. Su consolidación como legado de la modernidad fue de la mano con el proceso de delimitación de Estados que se caracterizaron por conservar un territorio y ciertas características culturales comunes y aglutinadoras, en la mayoría de los casos principalmente la lengua y la religión.

En el intento por explicar las vinculaciones nacionalistas, es necesario remitirse a ciertas categorías que identifican a los seres humanos, entre ellas: género, territorio, posición socioeconómica (clase social), religión, idioma, entre otras. Dichas categorías no son estáticas, sino que se entrelazan unas con otras y de dichas interrelaciones surgen precisamente identidades colectivas, en muchos casos de mayor arraigo, como la etnia y la nación.

Conviene recalcar que entre los estudiosos del tema existen algunos criterios mínimos que se consideran necesarios para que exista una nación, como la demarcación del territorio, cultura de masas común y un acervo de mitos, historias y memorias acuñadas colectivamente, así como un Estado ya constituido, con un sistema legal y de producción que les permita a los habitantes movilizarse libremente. De estos rasgos, los elementos culturales y su ritualización son considerados prioritarios; para autores como Anderson (1991), Hobsbawn (1992) y en menor medida Smith (2000), la nación se visualiza primordialmente como un artefacto cultural.

Dichos elementos culturales se nutren de la memoria colectiva y de las ceremonias conmemorativas para “diseminar” los sentimientos nacionalistas entre el grueso de la población, se apropian de la memoria para legitimarla y ritualizarla; en última instancia, el “éxito” de los nacionalismos está en integrar bajo un mismo modelo a un grupo disímil de personas y conseguir que se sientan parte de una misma colectividad.

Bajo estas premisas, al observar el caso de la región centroamericana, el siglo XIX se posiciona como el periodo histórico de génesis de los nacionalismos. Esta peculiaridad no le es totalmente propia, ya que en el contexto europeo, se desarrollaron Estados que fueron capaces de llevar a la práctica ambiciosos proyectos de homogenización que tuvieron eco en las poblaciones, las cuales empezaron a visualizarse como naciones.

En Europa, los casos singulares de Alemania e Italia en la primera mitad del siglo XX, remiten al papel de la nación como elemento medular para comprender el ascenso de los fascismos, entendidos como muestras de nacionalismo con una fuerza ideológica y política sorprendente. En ese sentido, conviene recordar que la unificación alemana y su portentoso crecimiento económico y militar tuvieron lugar en las últimas décadas del siglo XIX; a mediados de dicho siglo, Italia también debió superar los regionalismos y las disputas internas por el poder, para consolidar los sentimientos nacionalistas en torno a un Estado fuerte. Para el caso alemán, la eficacia y consecuencias del nazismo deben pensarse desde el contexto del Estado y el papel que éste jugó para “propagandear” su nocivo proyecto nacional.³

En lo concerniente a América Latina, los posicionamientos sobre el desarrollo de la nación presentan las mismas confrontaciones que se evidencian para el caso particular costarricense. Quesada señala que:

Si bien es indudable que al final del periodo colonial ya existía un sentimiento de pertenencia, el cual dio base a la estructuración de la idea de nacionalidad, también es cierto que en toda América Latina el Estado tuvo un papel fundamental en la construcción de la nación. (2001: 30)

Este planteamiento otorga particular importancia al legado colonial y a los primeros años de vida independiente, a la vez que pretende aclarar y sustentar la génesis de los nacionalismos como una conjunción de factores en un proceso de larga duración, que abarca desde la colonia hasta finales del siglo XIX e inclusive el siglo XX.

Sin embargo, esta postura es confrontada por aquellos autores que consideran que la Independencia de España no significó necesariamente la consolidación de los Estados ni la difusión de identidades nacionales, de las cuales apenas asomaban tibios elementos en el caso de algunos países, y en otros su construcción se desarrollaría en el transcurso del siglo XIX o a finales del mismo, bajo la tutela de los liberales, como argumenta Pakkasvirta:

[...] es indudable que aún a la mitad del siglo XIX, las repúblicas en Latinoamérica ni eran naciones ni Estados-nación, en el sentido moderno de estos términos. Eran unidades administrativas bastante dispersas sin mucha integración social. (2005: 61)

Al enfocar Centroamérica, es notorio cómo este proceso de construcción nacional no se vio libre de tropiezos y reticencias. La tendencia de los gobernantes del periodo posindependentista era más bien integracionista y homogeneizante, apelando los líderes, sobre todo los guatemaltecos, a la posibilidad de integrar la tan afanada Federación Centroamericana, para lo cual se pretendía fortalecer el sentimiento centroamericanista y nuevos referentes identitarios (Cuevas, 2006). Estos esfuerzos estuvieron muy presentes en los primeros años de vida independiente, pero decayeron posteriormente, conforme el siglo avanzó.

Los liberales centroamericanos a finales del siglo XIX, buscaban acercarse al ideal de nación en el cual cupieran todos los ciudadanos, un proyecto que además se ajustaba al prototipo europeo, por lo que para ellos era imprescindible borrar la imagen de diversidad. Sectores como los indígenas, o fueron sistemáticamente excluidos, o fueron

³ En un interesante libro, la historiadora Mary Fulbrook (1999) explora algunos elementos del nacionalismo en Alemania al terminar la Segunda Guerra Mundial; queda en evidencia en su trabajo que aún los nacionalismos más radicales pueden reinventarse, aunque dicho proceso no está exento de traspies.

invisibilizados por un ideal de nación integral. Para esta época, la idea de una “patria grande” centroamericana aún rondaba en el ambiente, pues esa era la tendencia de integración nacional prevaleciente en Europa para entonces, como lo evidencian los casos de Italia y Alemania.

A pesar de ello, el camino que recorrió Centroamérica fue diferente y se establecieron una serie de Estados que, aunque excluyeron e invisibilizaron a los indígenas y a la población afrodescendiente, no fueron capaces de articular inmediatamente un proyecto nacional integrado y homogenizador; no existió en aquel entonces el interés mancomunado de las elites ni el liderazgo lo suficientemente fuerte de alguna de las provincias coloniales, para imponerse y difundir un proyecto común coherente que pudiese ser aceptado como conveniente por los demás vecinos.

Esta “balcanización” temprana de Centroamérica tiene implicaciones importantes durante el desarrollo del siglo XX, y permite pensar en la hipótesis contrafactual de “qué hubiera ocurrido si” el proyecto nacional centroamericano hubiese cuajado en el siglo XIX. No obstante, es notorio que la construcción nacional en los diferentes Estados centroamericanos se llevó a cabo en condiciones particulares y a diferentes ritmos. De acuerdo con Acuña (1994), los episodios relacionados con la lucha contra los filibusteros a mediados de siglo XIX, cobraron particular importancia para el caso de Nicaragua y Costa Rica, como elementos de identidad nacional explotados posteriormente por las élites y el sistema educativo.

En relación con el caso costarricense, la discusión historiográfica en torno a la formación de la nación y sus particularidades temporales, ha sido significativa. Una posición argumenta que el ideario liberal fue fundamental para consolidar la nación a partir de un Estado preexistente que se

había gestado desde la independencia, gracias a la colaboración de presidentes como Braulio Carrillo y su interés por mantener a Costa Rica lejos de los usualmente fallidos intentos de integración centroamericana, objetivo que se cimentó, de acuerdo con Calderón (1999) a partir de una centralización política que reprimió la cultura plebeya y que debió batirse con la pervivencia de los localismos, situación que incentivó las guerras civiles de Ochomogo (1923) y La Liga (1935).

A pesar de ello, otra postura considera que analizar la conformación de los sentimientos nacionalistas como un proceso prolongado, es fundamental para comprender su constitución y sus múltiples dimensiones, en un periodo temporal más dilatado. A continuación se analizan estos posicionamientos, sus matices y sus principales líneas argumentativas.

LA NACIÓN COMO PROCESO DE LARGA DURACIÓN

La tendencia a visualizar la formación del nacionalismo en Costa Rica como un proceso de larga duración está latente en la obra de Juan Rafael Quesada.⁴ En sus planteamientos se refleja una predisposición a equiparar la constitución del Estado a la nación, ubicándolos en un binomio “inseparable”, el cual, según el autor, se desarrolla a partir de la independencia de Costa Rica y tiene como eje el carácter político de las decisiones tomadas por los costarricenses que los llevaron a establecer legislaciones como el Pacto de Concordia. Es decir, la nación surge, según esta postura, paralelamente al Estado; más aún, la época colonial se convierte en la “incubadora” de una serie de sentimientos nacionales:

[...] en Costa Rica durante la época colonial se desarrolló un sentimiento de pertenencia colectivo que llamamos “prenacional” o “protonacional”

⁴ Las obras del autor que se analizan son: *Historia de la historiografía costarricense* (2001), y *Clarín patriótico: la guerra contra los filibusteros y la nacionalidad costarricense* (2006).

en el sentido en que fue previo al advenimiento de la independencia, o sea, al surgimiento del binomio Nación-Estado. (Quesada, 2006: 63)

Esta postura intenta seguir teóricamente a Hobsbawm, al precisar la nación como un “*principio político que sostiene que debe haber congruencia entre la unidad nacional y la política*” (2001: 100). Sin embargo, no es claro que los planteamientos de Hobsbawm se reflejen o sean congruentes con el análisis que realiza Quesada. Autores como Díaz (2008) lanzan fuertes críticas a esta perspectiva, al considerar que presenta la nación como un proceso natural y no cultural.

A pesar de que la dimensión política adquiere preeminencia desde la perspectiva de Quesada, cabe mencionar que rescata algunos elementos culturales propios de las prácticas populares cotidianas. De esta forma, el nacionalismo es definido como:

[...] un sentimiento de identificación y auto representación de los habitantes de una nación determinada, enmarcado en un espacio territorial preciso. Se trata de un vínculo afectivo que se manifiesta en la conciencia de pertenencia a una comunidad con identidad propia y diferenciada de otros grupos y hacia la cual se manifiesta lealtad (2006: 62).

Apela entonces a la perspectiva de la construcción de un nacionalismo basado en la lealtad al Estado, presuponiendo que éste ya existía en 1821, pero que va cobrando fuerza y vigor con los diferentes acontecimientos que se desarrollan a lo largo del siglo XIX, por ejemplo la Campaña Nacional. Este nacionalismo está basado en una idea de cultura popular que se manifiesta como una comunidad política y desestima los argumentos tendientes a explicar las naciones como construcciones estatales, en las cuales se hace necesaria una institucionalidad desarrollada que permita difundir

las ideas nacionalistas.

Según Quesada, la conciencia nacional en América Latina se desarrolló en concomitancia con los sentimientos antiespañoles; sin embargo, Centroamérica podría presentar condiciones particulares debido a la ausencia de guerras de Independencia que facilitarían movimientos y prácticas de cohesión entre la población:

Si la ruptura de los vínculos que sujetaban a Centroamérica con España fue gestada en las altas esferas, se podría comprender que la independencia no hubiera generado de inmediato “sentimientos colectivos de nacionalidad” (2001: 37).

Quesada remite a los textos de los primeros ideólogos centroamericanistas, como José Cecilio del Valle, y posteriormente al Bachiller Osejo, a Felipe Molina y a Lorenzo Montúfar, como próceres cuyo fin era “[...] contribuir a la construcción de identidades nacionales[...]”, convirtiéndose en “[...] las primeras historias nacionales de Centroamérica.” (2001: 40). Ante este planteamiento, cabe preguntarse si el ideal nacionalista de dichos escritores sería la “patria chica” costarricense, o más bien un horizonte federalista en torno a un Estado centralizado que integrara a los países centroamericanos.

Entre otros elementos señalados como importantes en la definición de Quesada, destacan el papel de la cuestión limítrofe que se encontraba en proceso de consolidación. A este respecto, sobresalen las disputas limítrofes con Nicaragua, sobre la soberanía territorial y la navegación en el río San Juan, además de los enfrentamientos con Colombia en torno a la región de Bocas del Toro. Según esta interpretación, la constante búsqueda de delimitación con respecto a la soberanía territorial, significaba en los primeros años de independencia una necesidad de fortalecer el nacionalismo sobre la base de un territorio soberano. (Quesada, 2001)

Resalta además una denuncia hacia “esquemas europeizantes” propios de la construcción nacional y la literatura, los cuales dejaban por fuera del ideal de nación a ciertos grupos minoritarios, como se ejemplifica con el marcado desprecio por la cuestión indígena que padecían las elites costarricenses y su discurso europeizante, que las llevaba a utilizar conceptos como civilización, raza y progreso, los cuales, de acuerdo con Quesada, muestran los patrones que imitaban y pretendían difundir.

Los indígenas fueron entonces separados de los beneficios de la ciudadanía y del discurso hegemónico nacional costarricense; dicha postura oficial, a finales del siglo XIX e inicios del XX, proclamó una homogeneidad inexistente, basada en una idea de blanquitud y en un esquema europeo. Por ejemplo, la difundida frase de finales del siglo XIX: “con una india de Pacaca sólo se puede hacer otra india de Pacaca”, escrita por el pensador liberal Ricardo Fernández Guardia en una crítica a su contemporáneo Carlos Gagini, refleja el pensamiento liberal sobre los indígenas y es vista como prototipo de esa discriminación.

Quesada (1999) considera los esfuerzos de escritores como Gagini, un intento por colaborar en la consolidación de la identidad nacional no excluyente de la población indígena y por tanto opuesta a los liberales; de esta forma, refiere a que las prácticas historiográficas de entonces acusaban un sesgo eurocéntrico y discriminatorio.

De acuerdo con Soto (1998), en este discurso hegemónico liberal de exaltación del nacionalismo, los indígenas son presentados como “otros” distintos al ideal “blanco” y “civilizado” de nacionalidad. Más aún, los indígenas se mantuvieron excluidos políticamente inclusive hasta la década de 1990, cuando el gobierno otorgó cédulas de identidad a esta población, en un intento por integrarlos política y electoralmente.

Esta idea parece reforzarse con el intento de las élites en el siglo XIX de patrocinar la llegada de inmigrantes europeos y contrastar los elementos “raciales” españoles “predominantes en Costa Rica”, respecto a la composición étnica de otros países de Centroamérica. De acuerdo con Palmer (1995), ya a inicios del siglo XX la élite costarricense había encasillado a la población como una raza singular y homogénea, que buscaba el progreso y que necesitaba cierta intervención estatal para alcanzarlo; es decir, para este momento histórico ya la invisibilización de los grupos marginados se había producido.

Otro grupo excluido del proyecto nacional lo constituye la población negra proveniente del Caribe. Estas migraciones –que tuvieron lugar a finales del siglo XIX, justo cuando los liberales divulgaban los elementos nacionales que les interesaba profundizar– permitieron el establecimiento de dicho grupo humano en la zona atlántica del país. La relación del Estado costarricense con los afrodescendientes, fue marginal durante gran parte del siglo XX y hasta la segunda mitad de dicha centuria, estas personas obtuvieron un mayor protagonismo político, al menos a nivel jurídico.

En tiempos más recientes, la precarización del trabajo y la profundización de las desigualdades sociales, entre otras consecuencias de la globalización, han acuciado una corriente xenofóbica que sitúa su visión del “otro” en el inmigrante, particularmente el nicaragüense, y más recientemente, el colombiano, visiones que influyen y apelan a los sentimientos nacionalistas costarricenses. Los discursos de una nación ideal en la que no cabe el inmigrante, recalcan la idea de “excepcionalidad” del costarricense respecto a los atributos de otras naciones latinoamericanas, de tal forma que los extranjeros son presentados por los medios de comunicación, e inclusive por los discursos políticos, como una amenaza para la seguridad y el empleo de los costarricenses.⁵

⁵ Respecto a la xenofobia costarricense contra los nicaragüenses se pueden consultar los trabajos de Carlos Sandoval: *Otros amenazantes: los nicaragüenses y la formación de identidades nacionales en Costa Rica* (2002) y *Notas sobre la formación histórica del “otro” nicaragüense en la nacionalidad costarricense* (1999).

LA NACIÓN LIBERAL

La base de los argumentos que sostienen la idea de un nacionalismo forjado en Costa Rica en las últimas décadas del siglo XIX, se ubica en un artículo publicado en 1992 por el historiador canadiense Steven Palmer,⁶ que propició a partir de entonces el debate sobre la formación de la nación. En dicho escrito se remite a una construcción nacional tardía, posibilitada por el ascenso al poder de los liberales y alimentada por la consolidación de un Estado predecesor, que se encargó de difundir el nacionalismo; de esta forma, se considera que la afirmación de dicho Estado posibilitó la formación de un sentimiento de nación, pero que éste no se cimentó sino hasta la década de 1880:

[...]una idea coherente y estable de la nación surgió en Costa Rica hasta la década de los ochenta, en la forma de un “nacionalismo oficial”, es decir, que era producto de las imaginaciones de los intelectuales liberales, quienes trabajaban de cerca con el Estado. Este nacionalismo, diseminado de arriba hacia abajo por medio de actividades e instituciones organizadas por el Estado, sirvió como el complemento simbólico cultural de las Reformas Liberales efectuadas en esa época (Palmer, 1992: 170-171).

Palmer da sustento a su idea aseverando que el capital cultural costarricense era muy reducido antes del periodo liberal, lo que lo conduce a afirmar tajantemente que la nación es una invención de los liberales, acaecida específicamente a partir de

1880;⁷ esta postura refuerza el argumento de que la construcción del nacionalismo tuvo lugar a partir de un Estado ya consolidado, cuyos ideólogos eran “intelectuales letrados y urbanos” (1995: 76) que trataban de articular una cultura dominante a partir de las fragmentarias experiencias populares, buscando controlar a la población y homogenizar las diferencias, y por lo tanto:

[...] este nacionalismo oficial frecuentemente se apropió de narrativas, imágenes y figuras de las culturas populares, las reubicó dentro de un discurso uniforme e ideológicamente motivado, que no tenía ninguna congruencia esencial con sus fuentes populares, protonacionales o no-nacionales. (Palmer, 1992: 171)

De acuerdo con este planteamiento, todos los movimientos anteriores a 1880 pueden considerarse “protonacionalismos”,⁸ cohesionados a partir de la influencia del catolicismo como religión dominante y de una “cultura común”, argumento este último de Molina (1991), según el cual a finales de la colonia y principios del periodo republicano, tanto las elites como los sectores populares tenían gustos y preferencias muy similares en todo el Valle Central de Costa Rica.

La política costarricense antes de la segunda mitad del siglo XIX refleja, de acuerdo con Palmer, significativas ambigüedades en torno al uso de ciertos conceptos relacionados con la nación y el Estado, e incertidumbres respecto a la posibilidad real de que Costa Rica se estableciera como república:

⁶ El artículo se titula Sociedad anónima, cultura oficial: inventando la nación en Costa Rica (1992); se analizará del mismo autor el trabajo *Hacia la auto-inmigración. El nacionalismo oficial en Costa Rica* (1995).

⁷ Conviene mencionar que Quesada no acepta estos posicionamientos “tardíos” sobre el origen de la nación: “[...] rechazamos de manera rotunda la idea de que una elite o el Estado puedan inventar una nación.” (2006: 103); el error de interpretación, de acuerdo con Quesada, se explica “por la tendencia de algunos historiadores a hacer extrapolaciones, esto es, tratar de interpretar la realidad costarricense y latinoamericana, con conceptos o categorías propios de otras latitudes.” (2001: 65-66).

⁸ Argumenta que los investigadores costarricenses, hasta ese momento, tienen una visión sesgada del periodo colonial y de los primeros años de vida independiente, pues intentan hacer coincidir características propias de la nación con la sociedad costarricense, cuando en realidad no existían (1992: 171-173). Por su parte, Quesada ubica los “protonacionalismos” en el periodo colonial, y los vincula con la cultura popular (2006: 62-63), posición que contrasta evidentemente con la de Palmer.

[...] los mecanismos para construir y diseminar una idea de nación no existían; y aunque los modelos de república y nación se conocían en Costa Rica desde principios del Siglo XIX, eran incorporados de modo desigual y discontinuo, y de todas maneras señalaban que la micro-nación no tenía futuro, sino que tendría que juntarse a un ente político mayor. (Palmer, 1995: 75-76)

Así entonces, los flirteos con el imperio mexicano de Iturbide, así como con los británicos, y la constante indefinición proveniente de la Federación Centroamericana, son tomados a modo de muestras de cómo en la primera mitad del siglo XIX, la nación no era una idea coherente en la mente de los habitantes del país ni poseía aún carácter sagrado o cohesionador. Los episodios concernientes a la guerra contra los filibusteros evidencian, más que un fervor nacionalista, la defensa del territorio, la religión y la economía; situación que Palmer (1992) recalca al suscribir que el mismo Juan Rafael Mora no creía posible el establecimiento de Costa Rica como “nación exitosa”.

Entre los elementos destacados por Palmer como detonadores de la “invención” nacional, se encuentran los posicionamientos alrededor de Juan Santamaría, quien según esta visión, fue rescatado –pues se trataba de una figura desconocida– y “exhumado” por los liberales como un arquetipo que sería capaz de cohesionar a la población, mostrando a un héroe nacional glorioso y a la vez cercano y humilde. Cabe anotar que las investigaciones relacionadas con la apropiación de Santamaría y las celebraciones de la llamada “Campaña Nacional”, han pretendido explicar desde entonces el proceso de establecimiento de las figuras heroicas de la guerra contra los filibusteros de 1956-1957 en el imaginario de los costarricenses.

Méndez (2007) estudia la evolución de la imagen de Juan Santamaría, pasando de ser un héroe local (el soldado alajuelense) antes de 1885 –periodo en el cual los hermanos Mora Porras eran aún protagonistas de la memoria colectiva del triunfo ante los filibusteros– al establecimiento de la figura del joven como un “héroe conciliatorio”, que representaba de manera congruente a todos los costarricenses. Tal “nacionalización” de Santamaría se robustece en 1891 con la develación de su estatua en el parque de Alajuela;⁹ según Méndez, a partir de ese momento el papel de la prensa, y sobre todo la ritualización de la memoria del héroe a través de la escuela, permiten el arraigo de Santamaría entre la población hasta convertirlo en una figura de trascendencia política.

Por su parte, Díaz (2006) analiza la utilización política de las fiestas del 11 de abril por diferentes sectores de la sociedad costarricense durante el siglo XX. Plantea una “invención” de la celebración tardía, que se vigoriza hasta 1915 y se disemina esencialmente gracias a los desfiles del culto escolar. Posteriormente en la historia costarricense, diferentes grupos políticos se apropiarían de la imagen del héroe para emplearla de acuerdo con sus intereses.

Respecto a la celebración de la independencia, el mismo Díaz (2007) señala cómo en las dos primeras décadas del siglo XX, la celebración se desplazó del ámbito militar al escolar, tratando de establecer un imaginario de simultaneidad y de celebración conjunta, situación que está ligada a la reorganización del sistema educativo costarricense con la reforma educativa de 1886 que, aunque no implicó necesariamente la reducción del componente militar en educación, sí enfatizó la necesidad del desarrollo educativo laico y su mayor participación en las fiestas patrias. Además, en el periodo liberal se acentuaron las políticas tendientes a la difusión de la una cultura de

⁹ Sobre la develación de la estatua a Santamaría en 1891 y los vínculos de este suceso con la consolidación de la nacionalidad costarricense, se puede consultar también el artículo de la historiadora Patricia Fumero, titulado *La celebración del santo de la patria: la develización de la estatua al héroe nacional costarricense Juan Santamaría* (2000).

acuerdo con los estándares oficialistas, mismas que tendrían importantes progresos en los primeros años del siglo XX, gracias al radicalismo de ciertos intelectuales y a la irrupción de una cultura de masas.

No obstante dichos argumentos, algunas afirmaciones categóricas sobre el origen liberal de la nación costarricense, pueden ser cuestionadas, sobre todo partiendo de la dificultad de realizar una división tajante entre los llamados “protonacionalismos” y los elementos nacionales plenamente consolidados. Aunado a ello, la construcción de la nación como una imposición – de arriba hacia abajo– deja vacíos, pues presenta a las clases dominadas como escleróticas e incapaces de acción política, lo cual no toma en cuenta los procesos de enfrentamiento, negociación y consenso entre los diferentes grupos sociales.

Por otra parte, la tesis de una “cultura común” compartida por el pueblo y la clase dominante parece no sustentarse a raíz de la evidencia de las más recientes investigaciones en historia social y cultural en Costa Rica, pues según Marín (2007: 15) “desde la época colonial existió una apropiación cultural muy diferenciada” entre los campesinos y la elite. Los esfuerzos civilizatorios y de morigeración puestos en práctica por la clase dominante durante el siglo XIX, en muchas ocasiones tropezaron con la resistencia popular y con un pobre desarrollo del aparato institucional del Estado, lo cual dificultó su extensión a zonas rurales del Valle Central, por no mencionar regiones más alejadas. De esta forma, de acuerdo con Marín (2007), hacia 1860 las autoridades civiles eran pocas y se encontraban dispersas en el territorio nacional.

LA “DIFERENCIA” COSTARRICENSE

Como un punto intermedio entre los dos posicionamientos anteriores sobre el origen del nacionalismo en Costa Rica, es posible ubicar los trabajos de Víctor Hugo Acuña,¹⁰ quien considera que ciertos elementos esenciales en la construcción de la imagen del costarricense habían emergido ya para los momentos posteriores a la Independencia, entre 1921 y 1923:

Las elites costarricenses a pesar de estar divididas todavía por el localismo, compartían una imagen común sobre lo que consideraban sus atributos como sociedad y como colectividad política y que los diferenciaban de sus vecinos. (Acuña, 2002: 205)

Uno de los aspectos fundamentales señalados por el autor se centra en explicar cómo, desde los tiempos de la independencia, es factible encontrar ciertos rasgos comunes que identificaban a la provincia y que la diferencia de sus vecinas, como por ejemplo la pobreza, además del deseo de tener cierta autonomía, lo cual se refleja en el Pacto de Concordia, donde se desestima la posibilidad de unirse a Nicaragua.

De esta forma, se sostiene que dichos atributos fueron construidos en gran medida por oposición a Nicaragua en primera instancia, comparándose luego con otros países de Centroamérica y el continente. Acuña (2002) afirma que de esta comparación surge una imagen de Costa Rica como una república que vive en armonía, mientras que en Nicaragua priva la discordia. Dicha construcción sustentó la idea del carácter excepcional y pacífico de Costa Rica en el contexto centroamericano y latinoamericano, defendida por los políticos, según la cual en el país los conflictos se resuelven de manera consensuada y no provocan enfrentamientos o guerras.

¹⁰ Se toman en cuenta para el análisis los trabajos *La invención de la diferencia costarricense* (2002), así como *Historia del vocabulario político en Costa Rica. Estado, república, nación y democracia* (1995).

Esta imagen idílica le permite a Acuña (2002) sostener que ya que para finales de la década de 1840 existían algunos signos de identidad y la conciencia por parte de las elites, además de que se comenzaba a pensar que el país era viable económicamente, gracias al comercio del café, cuya importancia se vigoriza entre 1850 y 1880. Estos elementos fueron posteriormente retomados por los gobiernos liberales a finales del siglo XIX.

En discordancia con lo planteado por Díaz (2008), si bien es cierto muchos nacionalismos en América Latina pudieron articular etiquetas propias sobre su identidad, lo particular en el caso costarricense consiste en una serie de atributos específicos como pacifismo, consenso, armonía, cualidades defendidas por los políticos de la época, que aunque evidentemente constituyen un mito, impregnaron fuertemente el quehacer de los gobernantes y probablemente, el de otros sectores sociales; lo excepcional de Costa Rica está en la creación de este discurso en específico y su impacto posterior.

Acuña (2002) recalca cómo la supuesta excepcionalidad costarricense sirve a intereses políticos particulares, los cuales se relacionan con la necesidad de presentar al país como un proyecto viable, donde existía especial interés por organizar y convencer a la población. Además, se señala la década de 1840 como el inicio de la difusión de una idea de costarricense basada en el ideal de blanquitud, en la cual la población indígena y negra es intencionalmente borrada del imaginario. Siguiendo este argumento, la imagen del costarricense se muestra para entonces más articulada:

Hacia fines de la década de 1840, existe ya en Costa Rica una conciencia de su diferencia con respecto de los otros países centroamericanos; se ha elaborado un repertorio de signos de identidad; y el café ha empezado a mostrar que el país es viable económica y, por tanto, políticamente. También la

autoridad del Estado, el poder central, parece haber subordinado el localismo [...] (Acuña, 2002: 210).

No obstante, el autor recalca que las primeras nociones posindependentistas de nación, presentes en los discursos de los jefes de Estado, no remiten necesariamente a Costa Rica, sino que más bien aluden a la “nación centroamericana”. Sin embargo, para las décadas de 1850 y 1860, se evidencia un cambio en el vocabulario político, donde el término nación adquiere una definición costarricense, tanto durante los gobiernos de Juan Rafael Mora, como de sus sucesores Montealegre y Jiménez (Acuña, 1995).

Aunado a ello, las ideas en torno a una nación coherente, recibirían un impulso destacado con la unidad requerida por el gobierno de Mora Porras para poder hacer frente a los filibusteros y las consecuencias que tuvo dicho enfrentamiento para Costa Rica, que a la postre se constituirían en elementos de cohesión nacional.

De esta forma, dichas décadas se constituyen en el espacio temporal donde el nacionalismo costarricense se asienta, en primera instancia gracias al posicionamiento del café como cultivo exitoso de venta internacional y posteriormente, con el importante insumo patriótico que significó la victoria en la guerra contra los filibusteros. Sin embargo, Acuña (2002) aclara que la penetración de dichas ideas en los estratos populares no se puede asegurar con certeza para este periodo, en tanto el ideario nacionalista fue una construcción de las elites.

ANÁLISIS CRÍTICO Y PREGUNTAS PENDIENTES

La discusión sobre el origen del nacionalismo empieza por una definición de sus características e implicaciones. Autores como Hastings (2000) sostienen que los elementos principales que delimitan el nacionalismo, son aquellos

relacionados con la cultura y sus manifestaciones. De esta forma, ubica el nacionalismo como anterior a la época moderna, asociado a ciertas prácticas sociales propias del mundo medieval.

Para el contexto europeo, y en particular el caso inglés estudiado por Hastings, este posicionamiento polemiza con la posición de Hobsbawn (1992) y otros autores modernistas, quienes arguyen que el nacionalismo es un proceso eminentemente moderno y producto de una invención de las elites, quienes utilizan las tradiciones, los mitos y las celebraciones patrias para difundir sus ideas de nación.

En el caso de Costa Rica, estas dos posturas en alguna medida se reproducen. Quesada sostiene la idea de que, ya desde la colonia, ciertas características homogéneas de la provincia, como la religión y el idioma, pueden considerarse “protonacionalismos”. Una de las principales dificultades de esta argumentación, consiste en identificar con precisión las características de aquello que se puede denominar “protonacionalismo”, ya que su definición puede resultar ambigua, si se toma en cuenta que depende de la perspectiva donde el historiador se ubica y de la teoría que sigue.

La posición de Quesada se torna contradictoria por varias razones; una de ellas tiene que ver con su dificultad para precisar los elementos que forman parte de la nación, siendo que la definición conceptual de nacionalismo que plantea, adquiere diversas connotaciones y acarrea componentes políticos, geográficos, demográficos y culturales.

El nacionalismo es entonces definido como sentimiento de pertenencia, y a la vez como comunidad política. En tanto sentido de pertinencia y convivencia de las personas, Quesada entiende la nación como un: “...producto de la historia, es decir, de vivencias colectivas, lo que remite a la idea de cultura, entendida como conjunto de prácticas compartidas” (2001: 30). No obstante, ofrece otra definición para referirse al nacionalismo

engendrado y construido por el Estado, el cual se visualiza “[...] como práctica discursiva [...] utilizada para expresar una visión determinada del mundo o de una parte de este, y [...] se expresa en las manifestaciones diversas de los gobernantes e ideólogos en general.” (2001: 45)

Ante esta divergencia de criterios para definir la nación, y la confusión que producen, resulta complejo intentar una ubicación de la génesis de dicho proceso, ya que ésta variaría dependiendo de si se entiende la nación como rasgos culturales compartidos, como estructura territorial y política, o siguiendo a Anderson, como comunidad imaginada.

Por otra parte, el término nación es utilizado por el autor como sinónimo de país o Estado, con lo cual se remite constantemente a un nacionalismo cívico, que se sustenta en los procesos políticos modernos y en el republicanismo de los nacientes países latinoamericanos, e impide diferenciar los procesos de construcción del Estado por una parte, y por otra, de formación nacional.

Esta tendencia a equiparar nación y Estado, complica el análisis y lleva a Quesada a afirmar que existe un binomio que denomina Estado-Nación, el cual se desarrolla a partir de la independencia y va consolidándose a lo largo del siglo XIX. Esto hace difícil explicar las dificultades del Estado costarricense para articularse, al menos con una relativa autonomía, en los primeros años de Independencia y lo despoja de su entendimiento como proceso histórico que, al igual que la nación, se encuentra en constante reconstrucción y reformulación.

Ligado a lo anterior, una ambigüedad notoria es la artificialidad de la fecha de 1821 como punto de partida del nacionalismo, ya que Quesada afirma que “La ruptura del sistema colonial significó, consecuentemente, la aparición del Estado-Nación.” (2001:30) Catalogado todo lo anterior como “protonacionalismos”, en el periodo pos

independentista se presupone que el nacionalismo queda asegurado por el simple hecho de la Independencia, obviando las disputas locales, la inestabilidad política y la existencia dificultosa de la República Federal Centroamericana.

Cabe preguntarse, ¿qué hecho tan particularmente importante acaeció en 1821, para generar un sentimiento nacionalista desde entonces? Aunque es rescatable pensar en la importancia de elementos como el idioma y la religión en la construcción nacional, lo cierto es que Quesada no logra responder a esta inquietud y explicar la transición de la colonia al periodo independentista.

La postura de los próceres independentistas que pretendían difundir el nacionalismo en sus escritos, es endeble. En primer lugar, algunos de ellos pensaban en la patria centroamericana y por tanto, es improbable que estos textos ayudaran a formar sentimientos nacionalistas en los diferentes Estados de Centroamérica. Además, la difusión que podían tener dichos escritos en la época era muy limitada, dadas las condiciones socioculturales, y particularmente la Costa Rica colonial tuvo dificultades para integrarse a los centros de poder en Guatemala, situación que pervivió en la época de la República Federal.

El mismo Quesada revela contradicciones en sus análisis, al poner en duda el prematuro nacionalismo cuando afirma que el carácter elitista de la Independencia pudo haber dificultado el surgimiento de sentimientos colectivos vinculados con la nación. Aún así, defiende la tesis de la política republicana de las elites y de una cultura compartida por parte de los estratos populares; lo que no explica es si estas dos dimensiones eran entonces coincidentes en torno a un mismo ideal de nacionalidad, lo cual resulta improbable.

No obstante, es rescatable de esta posición el hecho de que toma en cuenta aquellos grupos excluidos del proyecto nacional, como los indígenas y la población negra. Aquí cabría incluir la situación

de Guanacaste y la construcción de la identidad del cholo guanacasteco, que no coincide con los patrones identitarios nacionales creados desde el Valle Central. Por otra parte, estos argumentos en alguna medida refuerzan la creación de la nación a partir de un esquema vallecentralino excluyente, necesariamente liderado por una élite que se asentaba en dicha región del país.

En relación con los argumentos que ubican el surgimiento del nacionalismo a finales del siglo XIX, es factible articular algunas dudas razonables. Uno de los problemas esenciales del nacionalismo “desde arriba”, planteado por Palmer, es su tendencia a invisibilizar las formas en las cuales las culturas populares se apropian de los discursos sobre el nacionalismo, los redefinen, hacen uso de ellos, e inclusive los utilizan como motivo de burla o catarsis ante problemáticas socioeconómicas, al darse cuenta de que las expectativas de ciertos discursos nacionalistas, y su direccionalidad, simplemente no coinciden con sus intereses vitales.

La perspectiva que sitúa la nación como una invención de elites, ha sido incapaz de explicar la apropiación, por parte de los sectores populares, de los discursos y sentimientos nacionalistas, y por lo tanto se ha dificultado ubicar su surgimiento. Más aún, no se ha esclarecido el posicionamiento referente a lo que dichos sectores populares entendían por Costa Rica y sus vínculos hacia ella, pues resulta difícil pensar que tales representaciones estaban determinadas por la visión de una elite.

Otra crítica importante a la postura de la nación liberal es la reducción que lleva a cabo del nacionalismo, como un proceso complementario de la formación del Estado y de sus políticas. Esta noción entra en disputa con las propias visiones modernistas de comunidad imaginada, en tanto subordina la identificación de los propios habitantes al proceso de construcción de discursos e imágenes “nacionalistas” encauzado por las elites, que pretendían consolidar el poder del Estado y su control.

En relación con lo anterior, aún no se ha explorado con profundidad el papel de la Iglesia, en sus conflictos con la elite liberal y en qué medida esta situación tiene que ver con esa idea de proyecto nacional del liberalismo. En este punto, los trabajos sobre las disputas entre Iglesia y Estado a finales del siglo XIX, no han vislumbrado su relación con el proceso de formación y difusión del nacionalismo. Primordialmente, falta por visualizar si el catolicismo significó solamente un “protonacionalismo”, o puede considerarse base del sentimiento nacional, o bien si, por el contrario, el cisma Iglesia-Estado implicó una serie de procesos e imágenes renovadas que buscaban articular un nacionalismo totalmente cívico y laico.

Las contradicciones sobre el peso del Estado y las identidades populares, no parecen ser solventadas con las alusiones a las fiestas patrias y al establecimiento de la enseñanza primaria en los centros educativos públicos, pues si se toma en cuenta la difusión de estos procesos, continuaba siendo poco extendida a finales del siglo XIX y no era parte de la vida cotidiana de la población, que se encontraba ocupada en las actividades económicas y de supervivencia, más que inmiscuida en el sistema educativo. El analfabetismo seguía siendo predominante.

El meollo de esta dificultad por conceptualizar aspectos del nacionalismo, está en la importancia que se le otorga a las formas de identificación de la población antes de la década de 1880 y en qué medida éstas pueden considerarse atributos nacionales. Ante la argumentación de Palmer, cabe cuestionar: ¿por qué propiamente a partir de 1880, los gobernantes liberales emprenden un proyecto que conduce a la “invención” de la nación? ¿Qué hace a este periodo tan particular, aparte de la exhumación de héroes y glorias de la guerra contra los filibusteros?

La posición que defiende un nacionalismo auspiciado por los liberales recalca el papel de la Campaña Nacional, especialmente las batallas de

Santa Rosa y Rivas, así como el papel que jugó la “canonización” de Juan Santamaría como héroe nacional; esta argumentación ha tenido eco entre varios historiadores costarricenses como Díaz, quien suscribe esta periodización y argumenta que la memoria y la instauración de las celebraciones patrias en el proceso educativo, facilitó la difusión de la nación en las clases populares:

El análisis de la participación de los distintos grupos sociales en las ceremonias conmemorativas y en la construcción de la memoria colectiva, nos permitiría trascender los trabajos sobre el discurso político oficial para así encontrar la conexión (continuidades y rupturas) entre las representaciones y símbolos del pasado colonial (tenidas hasta ahora como “protonacionalismos”) y los rituales nacionales del siglo XIX y XX (2008: 68).

Aunque apoya la invención tardía de la nación, estas ideas de Díaz parecen contrastar con dicha tesis, al argumentar que es necesario visualizar conexiones entre el periodo colonial y el posindependentista para rastrear, mediante continuidades y rupturas, la relación entre ritos, memoria, cultura popular y nacionalismo; sin embargo, ¿no es esto aceptar en alguna medida la importancia de la larga duración? ¿Los ritos nacionales que deben estudiarse en el siglo XIX, inician únicamente a partir de 1880 y la recuperación liberal de los episodios y héroes de la guerra contra los filibusteros?

Aunado a ello, al identificar aspectos que revelan procesos de identificación, es necesario preguntarse por su difusión, el interés de las elites por diseminarlos, y su posterior aceptación. Es decir, ¿por qué los sectores populares habrían de seguir esta línea impuesta “desde arriba” y asumir dicha conciencia nacional?

Ante tales dudas, no resulta fácil suscribir directamente la idea de que la nación es un producto de las “imaginaciones” de una elite. Esta postura invisibiliza el papel de los grupos subalternos como agentes vivos y portadores de cultura popular, la cual constantemente se encuentra en interacción y disputa con la cultura dominante, y en tales forcejeos se desarrollan reelaboraciones de imágenes sobre procesos tan complejos como el nacionalismo.

En cuanto a la postura de la “diferencia” suscrita por Acuña, es relevante apuntar la comparación como elemento esencial para intentar vislumbrar el origen y la práctica del nacionalismo. Los atributos asociados a los costarricenses respecto a otros contextos como Nicaragua, hacen plausible entrever la importancia de la excepcionalidad y la exaltación de características que se consideran únicas y deseables.

El principal problema de la argumentación, de una forma similar a la postura del origen liberal, tiene que ver con asociar estos discursos con grupos de elite que los llevaron a la práctica, es decir, las comparaciones con Nicaragua se encuentran principalmente en los documentos gubernamentales y en el vocabulario político de la época, lo cual presenta la dificultad ya expuesta de que imposibilita conocer qué sentían y pensaban los sectores populares al respecto y cómo estas imágenes de excepcionalidad podían ser entonces difundidas.

CONCLUSIÓN

Al repasar los trabajos historiográficos tendientes a esclarecer el proceso de construcción de la nación en Costa Rica, se evidencia un punto de consenso entre los historiadores: se trata de un proceso asentado en la modernidad. Sin embargo, no existe acuerdo

en el momento preciso en que tal nacionalismo estuvo suficientemente disseminado como para que los habitantes se sintieran costarricenses, con un imaginario cívico y una identidad compartida. Cabe resaltar que no solamente la historia se ha ocupado del problema de la construcción nacional: estudios en filosofía y literatura han abordado, desde puntos de vista igualmente disímiles, las cuestiones relacionadas con el nacionalismo en Costa Rica.

Ante un panorama tan complejo, quedan cuestiones por debatir en torno al arraigo del nacionalismo durante el siglo XIX y las relaciones de este proceso con la consolidación del poder estatal. Es difícil afirmar que el desarrollo de un sentimiento de pertenencia como el nacionalismo se desarrolló a partir de determinada fecha. Inclusive, el debate a nivel historiográfico se acrecienta en torno a posiciones de larga duración, de mediana data o posindependentistas, y esencialmente liberales que sitúan el nacionalismo únicamente después de 1870.¹¹

Las interrogantes planteadas en el transcurso de este artículo, develan la complejidad de datar la génesis del nacionalismo en ausencia de estudios sobre las prácticas y vivencias de la gente común; esto por cuanto muchos esfuerzos abordan la cuestión política, la institucionalización y en alguna medida las relaciones de poder, pero dilucidar la asimilación de ciertas ideas por parte de las personas que trabajan y sobreviven en los vaivenes de la cotidianidad, desligadas de los puestos de poder político, parece una tarea más ardua.

No obstante, se puede aseverar que los argumentos de Quesada se diferencian de los otros, al afirmar que la nación no es “un invento” de las elites, sino un proceso construido, situado en la larga duración y que se remonta a la colonia. Mientras

¹¹ Un interesante abordaje sobre la discusión alrededor de estos tres posicionamientos se encuentra en el trabajo de David Díaz, quien desde la perspectiva de la ritualidad, la memoria y las conmemoraciones, se sitúa al lado de Palmer al plantear la nación como “inventada” durante el periodo liberal, después de 1980. Véase al respecto *Campaña nacional y memoria conmemorativa. Un análisis historiográfico* (2008).

tanto, Palmer y otros historiadores defienden el origen tardío y eminentemente liberal de la nación costarricense, que no inicia sino en el último cuarto del siglo XIX. Acuña por su parte, sostiene que lo que hicieron los liberales fue más bien difundir entre los estratos populares un nacionalismo que se había cimentado algunas décadas antes, desde mediados de dicho siglo. Conviene recalcar que los dos últimos posicionamientos defienden la idea de nación como construcción de una élite, es decir, plantean un nacionalismo de arriba hacia abajo, siguiendo a autores modernistas como Hobsbawm y Anderson.

Vista tal complejidad, parece necesario argumentar que la nación en Costa Rica es efectivamente una construcción cultural, liderada por las elites a través del Estado, aunque los momentos precisos de esta “invención” son difíciles de rastrear, al menos para las clases populares. Es posible decir que algunos procesos políticos y socioeconómicos, durante el siglo XIX, ayudaron a engendrar, cohesionar y fomentar ese sentido de nacionalidad costarricense; a este respecto, un papel destacado tuvieron escenarios como la independencia, la exportación del café, la guerra contra los filibusteros, las celebraciones patrias – principalmente la independencia y el 11 de abril– y más tarde el sistema educativo.

Cabe mencionar además, que algunos procesos paralelos a la nación, como la consolidación del capitalismo agrario, no han sido investigados en relación con los posibles sentimientos nacionalistas. Estos temas se consideran fundamentales, pues el contexto en la Costa Rica decimonónica implica una diferenciación social que se va marcando a causa de procesos de extensión del peonaje y del control de ciertos medios de producción por parte de una oligarquía que se consolidó y que sin duda tuvo que ver con la difusión de la nación.

Estas ideas cobran relevancia en la actualidad, donde las alianzas comerciales desiguales denominadas Tratados de Libre Comercio, plantean la necesidad

de poner en el tapete las discusiones sobre el nacionalismo en el istmo, que transversaliza las políticas relacionados con la integración centroamericana en los diferentes planos, no sólo a nivel económico, sino también político y cultural. Así por ejemplo, si en el siglo XIX el modelo de patria seguido por cada uno de los Estados centroamericanos apeló a la experiencia europea como un prototipo a imitar, hoy las estrategias integracionistas en la región parecen adoptar como modelo por seguir el ejemplo de la Unión Europea, aunque matizado por el control ejercido a nivel comercial por Estados Unidos sobre el continente.

BIBLIOGRAFÍA

- Acuña, V. H. 1994. Nación y clase obrera en Centroamérica durante la época liberal (1870-1930). En E. Palmer e I. Molina (Eds.). *El paso del cometa. Estado, política social y culturas populares en Costa Rica (1800-1950)*. San José, Editorial Porvenir.
- Acuña, V. H. 1995. Historia del vocabulario político en Costa Rica. Estado, república, nación y democracia (1821-1949). En A. Taracena y J. Piel (Comps.). *Identidades nacionales y Estado moderno en Centroamérica*. San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Acuña, V. H. 2002 (enero-junio). La invención de la diferencia costarricense, 1810-1870. *Revista de Historia*. 45, pp. 191-228.
- Anderson, B. 1993. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Calderón, M. 1999. La formación del Estado costarricense (1821-1849). En A. M. Botey (Coord.). *Costa Rica. Estado, economía, sociedad y cultura. Desde las sociedades autóctonas hasta 1914*. San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica.

- Cuevas, R. 2006. *Identidad y cultura en Centroamérica: nación, integración y globalización a principios del siglo XXI*. San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Díaz, D. 2006. *Historia del 11 de abril. Juan Santamaría entre el pasado y el presente: 1915-2006*. San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Díaz, D. 2007. *La fiesta de la independencia en Costa Rica, 1821-1921*. San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Díaz, D. 2008. Campaña nacional y memoria conmemorativa. Un análisis Historiográfico. En I. Molina y D. Díaz. *La Campaña Nacional (1856-1857): historiografía, literatura y memoria*. San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Fulbrook, M. 1999. *German national identity after the Holocaust*. Cambridge, Polity Press.
- Fumero, P. 2000. La celebración del santo de la patria: la develización de la estatua al héroe nacional costarricense Juan Santamaría, el 15 de setiembre de 1891. En I. Molina y F. Enriquez (Comps.). *Fin de siglo e identidad nacional en México y Centroamérica*. Alajuela, Museo Histórico Cultural Juan Santamaría.
- Hastings, A. 2000. *La construcción de las nacionalidades. Etnicidad, religión y nacionalismo*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Hobsbawn, E. 1992. *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona, Editorial Crítica.
- Marín, J. J. 2007. *Prostitución, honor y cambio cultural en la provincia de San José de Costa Rica: 1860-1949*. San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Méndez, R. A. 2007. *Imágenes de poder: Juan Santamaría y el ascenso de la nación en Costa Rica (1860-1915)*. San José, Editorial de la Universidad Estatal a Distancia.
- Molina, I. 1991. *Costa Rica (1800-1850): el legado colonial y la génesis del capitalismo*. San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Pakkasvirta, J. 2005. *¿Un continente, una nación? Intelectuales latinoamericanos, comunidad política y las revistas culturales en Costa Rica y el Perú (1919-1930)*. San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Palmer, S. 1992. Sociedad anónima, cultura oficial: inventando la nación en Costa Rica, 1848-1900. En S. Palmer e I. Molina. (Eds.). *Héroes al gusto y libros de moda: sociedad y cambio cultural en Costa Rica, 1750-1900*. San José, Editorial Porvenir.
- Palmer, S. 1995. Hacia la auto-inmigración. El nacionalismo oficial en Costa Rica 1870-1930. En A. Taracena y J. Piel (Comps.). *Identidades nacionales y Estado moderno en Centroamérica*. San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Quesada, J. R. 1999. Nacionalismo en literatura y eurocentrismo en historiografía. *Revista de Ciencias Sociales*. 84-85, pp. 169-186.
- Quesada, J. R. 2001. *Historia de la historiografía costarricense (1821-1940)*. San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Quesada, J. R. 2006. *Clarín patriótico: la guerra contra los filibusteros y la nacionalidad costarricense*. Alajuela, Museo Histórico Cultural Juan Santamaría.
- Sandoval, C. 1999 (julio-diciembre). Notas sobre la formación histórica del "otro" nicaragüense en la nacionalidad costarricense. *Revista de*

Historia. 40, pp. 107-125.

- Sandoval, C. 2002. *Otros amenazantes: los nicaragüenses y la formación de identidades nacionales en Costa Rica*. San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Smith, A. 2000. ¿Gastronomía o geología? El rol del nacionalismo en la reconstrucción de las naciones. En A. Fernández (Comp.). *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*. Buenos Aires, Editorial Manantial.
- Soto, R. 1998 (diciembre). Desaparecidos de la nación: los indígenas en la construcción de la identidad nacional costarricense 1851-1942. *Revista de Ciencias Sociales*. 82, pp. 31-53.